

de México" por Arronis. D. MARIANO SANCHEZ y D. JESUS MARIA SALINAS, obtuvieron el *accesit*; y mención honrosa D. JULIO OLVERA, D. ROQUE RODRIGUEZ, D. CASIMIRO GUERRA, D. NESTOR GUERRA y D. JACINTO LOZANO.

En cuanto a urbanidad, el primer premio que consiste en la obra de "Telemaco" por Fenelon, fué aplicado a D. OCTAVIANO MARGAIN, D. JUSTO TREVIÑO y D. JUAN N. LOZANO merecieron el *accesit*; y mención honrosa D. ALONSO ALVA.

Como la mayor parte de los jóvenes alumnos ha procurado corresponder a los esfuerzos de sus Catedráticos y constantes desvelos del Sr. Director, para que no sean engañadas las esperanzas de sus padres al colocarlos en el instituto, y a fin de que lleguen a ser con el tiempo de provecho y honra para la sociedad a que pertenecen, difícil ha sido en muchos casos la aplicación de los premios; sin embargo, la Junta Directiva, al hacerla, ha procurado obrar con la imparcialidad posible, teniendo a la vista la calificación de los Srs. Sinodales, los informes de los respectivos Catedráticos y los de los empleados para vigilar el régimen interior del Colegio.

DISCURSO pronunciado por el Sr. D. Eleuterio González, profesor de la clase de Anatomía.

"Tene disciplinam, ne dimittas: custodi  
illam, quia ipsa est vita tua"

Ten asida la instrucción, no la dejes:  
guárdala, porque ella es tu vida.

Prov. C. IV, V 13

La naturaleza, o más bien la Divina Sabiduría, ha dotado a los seres vivientes de todo cuanto han menester para su conservación y bienestar, y todos los días acude con mano pródiga a cubrir sus necesidades. Dió cortezas duras a los árboles, plumas ligeras a las aves, y abrigadoras y vellosas pieles a los cuadrúpedos, para que pudieran defenderse de la intemperie: dió fuerzas, valor y armas terribles a los animales carnívoros, para que adquiriesen su necesario alimento: dió finísimo oído a las especies tímidas que tienen toda su salvación en la fuga, vista perspicaz al águila que desde las nubes otea su presa, suma destreza al mono trepador, espléndida magnificencia al pavo real que ostenta su variada y brillante vestidura, astucia y ligereza a la raposa, nadaderas y escamas a los peces para que habitaran en las aguas, ligereza al corzo, ramosas astas al ciervo, colosal estatura al pesado elefante, emponzoñadas armas a la serpiente, industria al castor; y hasta la hormiga pueblo débil, fue dotada de durísimas tenazas para horadar la tierra, y de instinto claro y preciso para que almacene sus necesarias provisiones. A todos los animales dió cuanto podría serles necesario, útil y aun agradable: armas, cobertura, belleza y sobre todo instintos que pudieran serles una guía segurísima en todas sus operaciones; de modo que apenas ven la luz y ya puede

decirse que saben todo lo que han de saber. Cuando las abejas nacen, ya traen consigo la instrucción precisa para buscar los materiales y construir su panal; y lo primero que hacen al salir de la colmena madre, es fabricar su habitación tan perfecta como si ya hubieran ejecutándolo cien veces. La vigilante Providencia de todos tiene cuidado, a nadie olvida, y parece que se complace en preparar habitación y subsistencia para todos los vivientes en la superficie de la tierra y en el profundo seno de las aguas. El hombre solamente parece haber sido exceptuado de esta ley universal de beneficencia y liberalidad, pues cuando viene al mundo nada trae: desnudez, desvalimiento, ignorancia absoluta, he aquí su herencia, he aquí lo único que posee: todo lo necesita, nada tiene, y no hace más que llorar automáticamente como si fuera capaz de comprender la enormidad de su miseria. Su instinto es tan escaso y tan oscuro, que solo de nada le serviría; su cuerpo es tan débil e imperfecto todavía, que si no viniera en su auxilio el amor materno o la caridad de sus semejantes, perecería irremisiblemente en las primeras horas de su miserable vida.

Si a esto se añade lo prolongado de su infancia, lo multiplicado de sus necesidades, lo débil de su construcción y la multitud de causas de destrucción que lo rodean y lo amenazan, podría decirse que la naturaleza le ha querido hacer el animal más salvaje, más infeliz y más percedero de todos; pero no es así: dióle una cosa que con usura le indemnizará de tantas faltas; dióle una cosa que no solamente supliría por la protección, instintos y prerogativa que acordó a los otros seres, sino que aventajara, y con mucho, las facultades de todos, en términos de colocarlo en primera línea y hacerlo rey supremo, señor y dueño de todo el mundo con todas las criaturas que lo pueblan. Esta cosa tan grande, tan estupenda y tan maravillosa es la inteligencia. Pero no quiso la Sabiduría Eterna dar este preciosísimo destello de su misma esencia sin condiciones: al conceder esta gracia sujetó al hombre a dura y penosa ley, mandándole que a fuerza de trabajo cultivara, desarrollara y perfeccionara esta misma inteligencia, so pena de que si así no lo hacia quedaría este inapreciable don oculto é inútil, y él

por su ignorancia reducido a la categoría de las bestias insensatas. Contemplad si no al hombre salvaje, endurecido por la intemperie, acosado por el hambre, y lo que es peor, embrutecido por la ignorancia; y veréis que en el solo hay supersticiones horribles, instintos feroces, degradación y miseria: que adora muñequillos o despreciables sabandijas: que solo se complace en la destrucción y la matanza como los animales carnívoros; y que yace encenagado en sus torpes y vergonzosos apatitos al par de los animales inmundos. Comparad ahora a este hombre, si es que tal nombre merece, con otro a quien una feliz educación hizo desenvolver toda su inteligencia, con un Newton por ejemplo: ¡Cuanta diferencia entre uno y otro! Solo puede compararse la grandeza de este con la abyección de aquel; el uno solo comprende la grosera y torpe materia mientras que el otro se encumbra, contempla y aun pretende comprender la Divinidad.

Si nos fue dada, pues, la inteligencia con la precisa condición de cultivarla; y si, a no dudarlo, sabemos que si la dejamos inculta nos será, no solamente inútil, sino a veces perjudicial, preciso es convenir en que la educación es una cosa, no solo útil, y buena, sino precisa y necesaria. El Supremo Hacedor cuando por pura gracia nos dió la vida, nos la dió unida al precepto de instruirnos; y puede decirse que el hombre privado de toda instrucción y sumido en su ignorancia original, no es hombre, sino una criatura casi muerta e inferior sin duda alguna a los brutos animales. Por esto ha dicho, y con sobrada razón, el más sabio de los hombres que la instrucción es la vida. Por otra parte: el hombre incapaz de vivir solo, sociable no solamente por instinto sino por necesidad y conveniencia, se vé precisado a reunirse con otros de su especie y formar asociaciones que aumentan sus goces y multiplican sus necesidades; y como cuanto necesita tiene que esperar de su inteligencia y de su instrucción, abrigos para guarecerse de la intemperie, alimentos para sostener su vida, armas para su defensa y reglas para la vida común; si no procura instruirse, si esta fuente que ha de abastecerlo de todo se ciega, sin duda que no podrá permanecer. ¿Qué sería de la sociedad si todos

sus miembros fuesen del todo ignorantes?. Sería un rebaño de bestias sin pastor incapaz de subsistir unido un solo día; y cada uno, caminando a la ventura, correría desatinado a la perdición. Luego la instrucción es no solamente la vida del individuo, sino también la de la sociedad: es el lazo que une los pueblos y la única guía que puede conducir las naciones a la felicidad a la grandeza.

De esto naturalmente se infiere que en la sociedad, la primera necesidad es la educación; y que si esta se descuida, nada bueno puede esperarse. Mientras más sabios cuente una nación, y mientras más difundidos estén en ella los conocimientos útiles, más feliz será, mayor engrandecimiento adquirirá, y estará mejor gobernada; y por el contrario, mientras más ignorancia tenga y menos sean los hombres de luces en ella, más infeliz, más abatida y peor gobernada será. Por esto los tiranos procuran con todo su poderío embrutecer a las naciones para poder sojuzgarlas y oprimirlas. Ved, si no, en el octavo siglo al terrible Leon Isauro, patriarca de los Iconoclastas, entregar en Constantinopla a la voracidad de las llamas los sabios y libros, porque decía que en ellos habían aprendido a desobedecer. ¡Barbarie atroz, que ni el mismo fanático y tirano emperador que la ordenó pudo comprender su magnitud, ni el irreparable perjuicio que hizo a las ciencias!

Pero si a veces vemos honrado el saber con la persecución de los tiranos, también ha sido no pocas ocasiones favorecido con el aprecio y protección de los buenos. Ejemplo glorioso de esto es el insigne y eminente D. Alfonso, tan justamente llamado el sabio, que no escaseaba sus tesoros y empleaba la mejor de sus naves en hacer venir a su corte un Astrónomo alejandrino, famoso por sus altos conocimientos. Tal es la brillantez y esplendor de la ciencia, que atrae a sí y llena de luz y de consuelo a las almas grandes, e irrita y enfurece a los tiranos, cuya alma negra es incapaz de comprenderla y apreciarla, y que en ella solo ven la formidable potencia que ha de aniquilarlos.

De la ciencia, pues, debemos esperar todos los bienes y el

remedio de todos los males: ella elevando nuestro espíritu nos acerca a la Divinidad, nos promete una vida futura y nos da los medios de alcanzarla: ella nos enseña a distinguir el bien del mal, y a discernir lo justo de lo injusto: ella nos guía e ilumina para buscar la verdad: ella hace que trasladando las palabras con pequeños caracteres sobre una superficie, podamos tratar con los ausentes y los muertos, y nos enseña a multiplicar las copias con tanta facilidad y en tan prodigioso número, que sobrepuja a toda ponderación: ella nos procura la salud, el más precioso de los bienes terrenos: ella ensancha nuestro poderío, poniendo en nuestras manos instrumentos preciosos que nos hacen dominar, no solamente la tierra que pisamos, sino también los rutilantes astros de los cielos: ella es la que remonta al atrevido aeronauta sobre los ligeros vientos: ella hace descender al intrépido buzo a los profundos abismos de la mar: ella transporta los pensamientos por finísimos hilos de metal con la velocidad del rayo al otro lado de los insondables mares, y los hace circular en los pueblos con la celeridad de la luz: ella acorta las distancias valiéndose del vapor, y con una fuerza inconcebible arrastra los frutos de la tierra, los productos de la industria, y al hombre mismo, hasta los últimos términos del mundo: ella, en fin, produce tantos beneficios, tantas y tan grandes maravillas, tan puros y tan variados goces, que el hombre, sin temor de equivocarse, puede muy bien exclamar con Salomón: "*Viniéronine* todos los bienes juntamente con ella". (\*)

A pesar de todas estas grandezas y de la absoluta necesidad que, según hemos visto, tenemos de instruirnos, no han faltado algunos filósofos que desacordadamente hayan inculcado a la ciencia de perjudicial a la salud. Entre estos, Juan Jacobo Rousseau ha dicho que padecemos tantos achaques porque pensamos, asercion tan falsa como fácil de refutar. ¿Con que sufrimos porque pensamos? ¿Y los ganados que pacen en los campos sin pensar estan por eso libres de las enfermedades? Ciertamente que no, y todos los días los vemos pere-

(\*) La Sabiduría cap. 7, v 11.

cer por los males que son el resultado necesario del influjo del clima y de sus hábitos. ¿Y los animales silvestres, y los peces del mar, acaso porque no piensan eso tan fuera del alcance de las dolencias destructoras? ¿No vemos con bastante frecuencia epizotias horribles que despueblan los mares y la tierra? ¿Y aun las plantas mismas, a pesar de que en ellas no hay ni aun siquiera una pequeña sombra de cosa que parezca pensamiento, no están sujetas a enfermedades numerosas que las destruyen? ¿Qué prueba todo esto? Que la naturaleza al establecer la ley del sufrimiento quiso nivelar a todos los seres vivientes, y que ninguno esté exento de ella sea cual fuere su categoría. Además, hay que considerar en este punto: que el ejercicio del pensamiento es del todo necesario, considerado higiénicamente, para la perfección física de la especie humana; porque consistiendo la salud y la perfección del cuerpo en el justo equilibrio de todos los sistemas de la economía viviente, si dejamos de pensar, no se desarrollará debidamente el cerebro y los nervios sensitivos, y a expensas de ellos se desenvolverán los músculos y los nervios motores: ¿y qué sucede entonces? El desequilibrio y por consiguiente la enfermedad o la imperfección. Por otra parte, vemos que las tribus bárbaras son poco numerosas, que siglos enteros pasan sin aumentar su población, y que desaparecen muchas de ellas; cuando por el contrario, en el estado civilizado vemos que los individuos se multiplican prodigiosamente, y que una sola familia en el transcurso de un siglo se convierte en una tribu. Si el uso del pensamiento es preciso para la perfección del hombre; y si en el estado civilizado la vida se propaga y multiplica mejor que en el salvaje, bien podremos decir que también bajo el aspecto físico e higiénico la instrucción es la vida.

Si la ciencia es la luz del mundo, la salud del cuerpo, la vida del espíritu, el lazo social y la felicidad de las naciones, delito será ciertamente no buscarla. ¿Y que diremos del que la halló y no la guarda, es decir, de aquel a quien un estudio profundo enseñó a conocer el bien y obra el mal, de aquel que sabe bien lo que es justo y obra con injusticia? Por cierto que está en peor condición que el ignorante; por que tanto más te-

rrible y dañino será el enemigo, cuanto esté mejor armado, y cuanto más numerosos, extensos y seguros sean los medios de que se vale para hacer el mal. Por tanto no basta saber, sino que es absolutamente preciso portarse como sabio, y que las acciones correspondan y no desmientan los conocimientos que se poseen. Por esto el Sabio, henchido del espíritu de Dios, nos anuncia el divino precepto en estos términos: "*Ten asida la instrucción, no la dejes: guárdala, porque ella es tu vida*".

La ciencia, como la luz y la vida, se difunde y propaga al través de los tiempos y de generación en generación. Sus progresos son lentos, siglos pasan de unos a otros descubrimientos útiles, siglos median entre esos genios privilegiados, grandes bienhechores de la humanidad, que desentrañan las verdades recónditas, y que las enseñan a los hombres, para que las conviertan en su provecho; y siglos también transcurren entre un invento y las mejoras de que es susceptible. Lentos son, en verdad, los progresos de la ciencia, pero siempre son útiles; y por pequeños que parezcan, siempre son grandes, son el presente más rico que la Providencia hace a los hombres. Mientras más avanzan los siglos, más conocimientos se reúnen, más verdades se alcanzan y más se perfeccionan los inventos. El siglo presente tiene más ciencia que los anteriores, y nosotros alcanzamos un horizonte científico más extenso que nuestros padres. El impulso del tiempo es irresistible: su poder incontrastable todo lo desenvuelve, todo lo perfecciona, todo lo engrandece antes de llevarlo a su fin. Ved la tierra desnuda e inculta que parece muerta; pero en llegando el tiempo oportuno con sus revoluciones y tempestades, hace germinar las semillas ocultas y las plantas aparecen, crecen y fructifican.

A la vista tenemos una prueba irrefragable de la incontrastabilidad del poder del tiempo en la existencia de este Colegio. Cuando menos esperanza podía tenerse de un establecimiento científico, cuando parecía más remota su erección, llegó al tiempo, y en medio de una revolución demasiado tempestuosa, lo hizo aparecer como por encanto. ¿Quién hubiera creído que en tiempos tan calamitosos, entre tantos desastres, en

medio de la discordia civil más horrible, cuando todo anunciaba destrucción, cuando los vínculos sociales estaban casi rotos, hubiera hombres que pensarán en erigir un Colegio y que se acordaran de esta obra que parece más propia de los tiempos de paz? ¿Podía esperarse semejante cosa cuando la guerra ocupaba todos los ánimos, cuando la división había cundido no solo en nuestra desgraciada nación, sino también en lo interior del Estado, cuando los odios reconcentrados y oprimidos estallaban, y cuando parecía que la sociedad casi tocaba a su término? Ello es que vimos con el mayor asombro nacer este Colegio Civil del seno mismo de las calamidades públicas, lo vimos salir a la luz pobre y humilde, en verdad, pero circundado de halagüeñas esperanzas. El gobierno del Estado, con una generosidad digna del mayor elogio, le ha dispensado su protección hasta donde sus penurias y apuradas circunstancias se lo han permitido, porque sabe muy bien que la instrucción es la vida de los pueblos, y que la primera obligación es la educación de la juventud. Gracias muy rendidas tributemos, pues, al Supremo Dios, criador y regulador del Universo, porque nuestra sociedad no está tan corrompida, supuesto que aun hay hombres que, a pesar de tantas y tan calamitosas vicisitudes, piensan todavía en hacer el bien; que se avergüenzan de quedarse inferiores a lo que deben ser en su siglo, y que dóciles obedecen al impulso progresista del tiempo. Dos años apenas cuenta de vida este plantel, y ya promete corresponder a los grandes sacrificios que ha costado con los primeros frutos, que tengo fundadas esperanzas para creer que no serán muy tardíos. El tiempo, que todo lo desarrolla y lo sazona, perfeccionará esta recién hecha y pequeña sementera; que el sabe bien de pequeñísimos principios hacer grandes y excelentes cosas: el hace de la flor de la viña, que es una de las más pequeñas y sencillas, el mejor y más estimado de los frutos.

El Estado puede y debe esperar con esperanza firme muchos y grandes bienes de esta institución bienhechora: ella vivificará nuestro pueblo, propagará los conocimientos útiles, esparcirá la luz consoladora del saber, producirá útiles e instruidos hombres que le den lustre y esplendor, y que sean su más

firme apoyo y su más segura guía en el dificultosísimo arte de regir a los pueblos y por fin, ella dará con abundancia los ubérrimos y apetecidos frutos que son el resultado natural y necesario de la instrucción y de la sabiduría.

Entre tanto y tan eminentes bienes, no es sin duda el menor haberse abierto en este Colegio una nueva carrera a la juventud estudiosa, fundando en él cátedras de las ciencias médicas, cosa no solamente muy útil, sino muy necesaria en una sociedad bien arreglada: de ellas carecíamos enteramente, y las vemos existentes entre nosotros, a pesar de las inmensas dificultades que se ofrecían y que parecían de todo punto insuperables. ¡Cuántos y cuán estupendos beneficios pueden aguardarse de aclimatar en nuestro suelo el estudio de las ciencias naturales! La contemplación de la naturaleza, el examen de sus maravillas, la investigación de sus secretos y el estudio de sus leyes, son y han sido siempre la fuente inagotable del saber, la ocupación más digna del hombre y el origen y la primera raíz de la más sana filosofía. El gran libro de la naturaleza, abierto siempre ante los ojos del que quiera escudriñarlo, no envejece, no caduca; siempre nuevo, siempre útil, jamás agotado, es el que da la más sólida instrucción: cualquiera que sea la profesión que el hombre ejerza, tiene que consultarlo si no quiere equivocarse. ¡Feliz el que ha llegado a saber registrar este inmenso tesoro y a entenderlo!

No solamente reportarán los habitantes del Estado la utilidad de los estudios médicos, propiamente dichos, sino también la que se deriva de las ciencias auxiliares de la medicina. ¿Qué ventajas no pueden esperar las artes de que se propaguen las utilísimas luces de la química? ¿Cuántos útiles conocimientos no aprovechará la agricultura del estudio de la botánica? ¿Cuán brillante luz no puede recibir en ciertos casos el foro de las investigaciones de la medicina legal? Pero es por demás ponderar la magnitud de los bienes que acarrearán el estudio de estas ciencias, tan reconocidos por todos; baste decir que su introducción entre nosotros es la mejora más positiva y más grande que ha podido hacerse en nuestros tiempos.

Y vosotros, oh! jóvenes alumnos, porción escogida del pueblo, acordaos que sois los fundadores de este Colegio y que debéis ser en todo el fundamento de él: sed virtuosos, para que lo sean también los que vengan después de vosotros: si sois buenos, vuestros sucesores se avergonzarán de ser malos; y si sois malos, ellos imitarán vuestro ejemplo. Y pues vosotros sois el patrón y la norma de los que os sigan en la carrera literaria, no déis el inaudito escándalo de que un establecimiento destinado a ser la luz y la vida de la sociedad, se corrompa en su origen y se inutilice tal vez para siempre. Cualquiera que sea la profesión que adoptéis, dedicaos a ella con todas vuestras fuerzas, estudiadla con tesón, pensad en ella día y noche, porque solo así se alcanza la instrucción; pero no basta ser instruídos y aplicados, sino que es igualmente necesario ser prudentes, ser justos, ser benéficos, en suma, ser virtuosos. La instrucción y el estudio de nada sirve, sino van acompañados de la virtud; son en tal caso más perniciosos que útiles. La instrucción y la virtud son la sabiduría: sed, pues, sabios y agradeceréis a Dios y a los hombres.

Escuchad de boca del sabio de los sabios las grandezas de la sabiduría y grabadlas en las tablas de vuestro corazón (1) "Bienaventurado el hombre que halló la sabiduría y que es rico en prudencia; mejor es su adquisición que la grangería de la plata, y sus frutos mejores que la del oro mejor y más puro: más preciosa es que todas las riquezas; y cuantas cosas son de desear no se pueden comparar con ella. Largueza de días en su derecha, y en su izquierda riquezas y gloria. Sus caminos, caminos hermosos y todas sus sendas son de paz. Arbol de vida es para aquellos que la alcanzaren; y bienaventurado el que la tuviere asida". ¿Quién al escuchar tales alabanzas, y de boca de tal panegirista, no se siente arrebatado del ardiente deseo de la sabiduría? Buscad, pues, la instrucción en el estudio, y la sabiduría en la práctica de las virtudes; porque si la instrucción es la vida, la sabiduría, es más que la vida, es la felicidad, es la bienaventuranza. La instrucción solo se halla en el tra-

(1) Los Prov. cap. III, v. 13 al 18

bajo continuo de la lectura y la meditación, y las virtudes solo se adquieren con el trabajo de ejercitarlas sin cesar: trabajad pues, constantemente en procuraros tan eminentes bienes, hacedos un hábito, una costumbre de estudiar y de ser buenos, y labraréis vuestra felicidad y la de vuestros conciudadanos. Ahora que sois jóvenes acostumbrados al trabajo, porque, como dice el Profeta de las gentes: "Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad" (2).

Entre las muchas virtudes que debe tener el hombre en sociedad, y sobre todo el hombre de letras, las principales, las que forman la base y el fundamento de todas las demás, son sin duda la probidad y la beneficiencia; así los vicios que les son contrapuestos, la depravación y el egoísmo, son en realidad la gangrena de la sociedad. Siendo la probidad la sana moral en ejercicio y en acción continua, siendo la que nos impone el cumplimiento de esta ley santísima: "Haz el bien y lo que es justo, evita el mal y lo que es injusto". ¿Qué podrá haber de bueno en este mundo sin ella? ¿que acción podrá llamarse justa si no lleva su sello? Sed probos y gozaréis la inefable satisfacción y tranquilidad de espíritu que produce el bien obrar. Si por el contrario, por una desgracia lamentable, abandonáis la práctica de esta virtud vivificadora, ¡cuánta vergüenza y confusión os esperan! ¡que sobresalto continuo! ¡qué amargura de ánimo, que terror y que cúmulo de males! Tal será el fruto de semejante descarrío, que a toda maldad marcó la naturaleza con las horribles y tremendas notas de la vergüenza y del miedo. El empacho y el temor son manchas que afean y degradan el rostro del malvado, y que revelan el cáncer oculto y devorador que roe sus entrañas y que destroza en su corazón el lazo que lo unía a la sociedad, el sentimiento de la justicia, único vínculo capaz de mantener en pié las naciones. Comparad por un momento la cara del justo y la del malvado, y veréis que diferencia tan notable: en la del uno brilla la sencillez y la inocencia, la pureza de su alma da a su fisonomía una expresión dulce y apacible, su mirada es fran-

(2) Lament. de Jerem cap. III, v. 27

ca y expresiva y todo manifiesta en ella la tranquilidad de la buena conciencia; la del otro está oscurecida con las sombras del doblez y la maldad, la negrura de su alma le dá un aspecto bronco y desapacible, sus facciones contraídas y su mirar oblicuo, desconfiado y que no puede fijarse jamás, están poniendo de manifiesto las tempestuosas pasiones que lo agitan, y las turbulencias que son inseparables de la conciencia maligna. Considerad bien estas diversas fisonomías y os persuadiréis de la hermosura y santidad de la justicia, y de la espantosa fealdad de la depravación. Aborreced, pues, con todo vuestro corazón la maldad, y firmemente decidios por ser invariablemente justos.

Si es bellísima la probidad, no lo es menos la beneficencia, virtud sublime cuyo origen se halla, como el de las demás, en el seno mismo de la Divinidad. El Supremo Hacedor la infundió en el corazón del hombre para consuelo de la especie humana, e hizo de ella un mandamiento. El Hijo de Dios en su peregrinación por este mundo nos dió el ejemplo más cumplido de ella, y renovó el precepto mandándonos hacer bien aun a los mismos enemigos. Imprescindible obligación tenemos, pues, de ser benéficos tanto como de ser justos; y esta obligación común a todos los hombres, es mucho mayor en los que con el carácter público ejercen una profesión literaria, porque ellos son depositarios del sagrado tesoro de las ciencias y deben repartirlo con liberalidad. El hombre que sepulta consigo sus conocimientos, que oculta su saber para que a nadie aproveche, es el peor de los egoístas, es el peor de los avaros, es un hombre perdido para la sociedad y detestable por todos cuantos aspectos se le considere; por el contrario, el hombre benéfico que por cuantos caminos puede, y principalmente con su saber, va haciendo bien por donde pasa, es el mejor de los ciudadanos, es el hombre eminentemente social, cumple bien con su deber, se concilia el amor y el respeto de todos sus hermanos; y sobre todo, siente la satisfacción interior, el inefable gozo y la deliciosa expansión del ánimo que siguen siempre a una buena obra.

¡Desgraciado el hombre que ahogando en su corazón el

sentimiento dulce y exquisito de la compasión, desoye la voz de la naturaleza, que es la voz de Dios; no se apiada de su prójimo menesteroso; retira su mano siempre encogida, para negar el socorro; y hasta su anudada lengua es incapaz de pronunciar palabras de luz y de consuelo con que pudiera aliviar la desgracia! Cuanto tiene de amable la beneficencia, tiene de aborrecible el egoísmo; ese vicio atroz, esa pasión antisocial que, aislando al hombre en sus propios intereses, lo encierra en el estrecho círculo de su individualidad, lo hace abandonar a todos los demás y compromete de una manera terrible los más caros intereses de la sociedad. Huid, pues, de semejante pasión que es la peste más desastrosa, el vicio infame que envilece y degrada al hombre, haciéndolo incapaz de todo sentimiento de humanidad, y aprended desde vuestra juventud a ser liberales y benéficos; ejerced siempre esta eminente y consoladora virtud, y alcanzaréis la recompensa más preciosa en este mundo, que es el agradecimiento y el amor de los infelices, y hasta al sepulcro os seguirán las bendiciones de todos los que hayan experimentado vuestra liberalidad.

He procurado poner a vuestra vista e inculcar en vuestro ánimo, aunque en pocas palabras, la sublimidad de la inteligencia, la obligación de la instrucción, la necesidad del estudio, la excelencia del saber, la grandeza de la sabiduría y la incomparable belleza de la virtud, con solo el fin de estimularlos a ser constantes en el trabajo, instruídos y virtuosos: ciencia, trabajo y virtud, esta es la enseña de vuestro Colegio, esto espera de vosotros mismos; pero advertid que debéis ser instruídos sin afectación; que no debéis confiar demasiado en vosotros mismos ni ser sabios en vuestra opinión, porque Hipócrates en su ley ha dicho: que hay dos cosas saber y creer que se sabe; saber es la ciencia, y creer que se sabe es la ignorancia. Trabajad, pues, con ahinco en buscar la verdad en la naturaleza con buena fé y sencillez de corazón y sed irreprehensibles en vuestra conducta, para que no burléis las esperanzas que en nosotros fundan vuestros maestros, vuestras familias y vuestra patria; y alcanzaréis en premio los nunca manchados honores con que resplandecen la ciencia y el trabajo cuando van acompañados de la virtud.—DIJE.

POESIA leída por el joven pasante D. Juan Villalón, alumno del instituto en la Academia de Jurisprudencia teórico-práctica.

..... *en vuestra mente*  
*Grabad esta verdad que os dan mis labios:*  
*Solo es feliz la patria de los sabios*

¿Quién de vosotros, quién, en este día  
No siente de alegría,  
Y de entusiasmo grato  
El pecho palpitar alborozado?

Oh! ¡cuál la dura pena  
Olvida el corazón reanimado,  
Y un sentimiento lato  
De inefable placer el alma llena;  
Al contemplar el cuadro interesante  
Que ofrece aquí la juventud florida  
De la alma ciencia y del progreso amante!

Cuál por mágico encanto se evaporan  
Las negras sombras del pesar odioso,  
Y en expansión dulcísima la mente,  
Del férvido idealismo  
Se abandona a la rápida corriente

¡Oh inspiración del cielo,  
Sublime inspiración! a mi descende  
En tu glorioso vuelo  
Arrebata mi espíritu y enciende  
En tu fuego sagrado el pecho mío,  
Para elevar mil cantos inmortales